

DE NIÑO REFUGIADO CUBANO  
A EMBAJADOR AMERICANO  
EN EL REINO DE ESPAÑA

EDUARDO AGUIRRE

*Emily* .

COLECCIÓN  
EMILY DICKINSON

### DIRECTORA DE LA COLECCIÓN

Esperanza Cerdá Instituto Franklin-UAH

### CONSEJO ACADÉMICO

Julio Cañero	Instituto Franklin-UAH
Sara Cortés Gómez	Instituto Franklin-UAH
Jesús García Laborda	Instituto Franklin-UAH
María Ruth García Pernía	Instituto Franklin-UAH
José Antonio Gurpegui	Instituto Franklin-UAH
Luisa Juárez	Instituto Franklin-UAH
José Morilla	Instituto Franklin-UAH
Martha Palacio Avendaño	Instituto Franklin-UAH
Manuel Peinado	Instituto Franklin-UAH
Francisco Sáez de Adana	Instituto Franklin-UAH
María Sarabia Alegría	Instituto Franklin-UAH
Miguel Ángel de Zavala	Instituto Franklin-UAH

### COMITÉ EDITORIAL

Ana Lariño	Instituto Franklin-UAH
Cristina Sánchez Pacios	Instituto Franklin-UAH

# PRÓLOGO

## PRÓLOGO

Coincidió con el embajador Eduardo Aguirre en el vigésimo octavo Foro de la Fundación Consejo España-Estados Unidos, celebrado en Santander a comienzos de julio de 2025. Ninguno de los dos recordábamos la última vez en que nos vimos desde que él abandonara la cancillería estadounidense en España en 2009. El reencuentro fue una oportunidad grata para retomar la conversación desde un plano más humano que académico y/o diplomático y acordamos vernos en la cafetería del hotel donde nos alojábamos, tras las sesiones de aquel día.

Así fue, y recordamos viejos tiempos hablando sin prisas ni corbatas. Tere, su esposa, se apellida Peralta, nombre del pueblo navarro vecino al mío, como mencioné por enésima vez. Durante la charla, Aguirre me contó con orgullo que había publicado una biografía de su vida en Arte Público Press, la prestigiosa editorial fundada por mi buen amigo Nicolás Kanellos, con quien él también mantiene una entrañable amistad. La noticia me alegró especialmente, pues el Instituto Franklin-UAH lleva tiempo colaborando con Arte Público en la traducción al español y publicación de novelas de autores hispanos en Estados Unidos, cuya obra es de una calidad literaria indudable, pero que no suelen encontrar espacio en las grandes editoriales comerciales. Esa labor conjunta nos ha permitido dar voz para los lectores en español a una literatura que enriquece el panorama cultural hispano.

Conversando sobre su biografía, surgió de manera natural la idea de publicarla también en España. Aguirre, siempre atento y generoso, me entregó un ejemplar del libro con una entrañable dedicatoria. Lo leí de inmediato y me vi atrapado en el testimonio eminentemente humano de quien vivió en primera persona el exilio, las penurias y el ascenso profesional. En cierta forma, el protagonista del libro encarnaba el mito del hombre hecho a sí mismo en la tierra de las oportunidades. Pero en su biografía había algo más, su historia no solo narraba la trayectoria de aquel niño que llegó a Estados Unidos desde Cuba con una simple maletita y terminó convirtiéndose en embajador; el libro resultaba especialmente interesante para los españoles por ofrecer la perspectiva de quien desempeñó el máximo cargo de autoridad de los Estados Unidos en España en uno de los momentos más delicados y difíciles de las relaciones de nuestro país con Estados Unidos.

El bullicio en el *ball* del hotel nos hizo ver que el tiempo había pasado volando en tan animada conversación. Debíamos apresurarnos para acicalarnos y unirnos al grupo, pues nos esperaba la cena presidida por don Felipe VI en el casino de la ciudad y en la que, siendo 4 de julio, se conmemoraba también la independencia de Estados Unidos. En apenas un par de minutos acordamos que el Instituto Franklin-UAH se haría cargo de la versión española: la mediación de Nicolás Kanellos facilitaría cualquier gestión relativa a derechos de publicación; respecto a la traducción, Aguirre se ofreció a realizarla él mismo, convencido de que nadie podría expresar mejor los matices de su propia historia.

Su biografía trasciende el testimonio personal de un niño alejado de su tierra natal que, con esfuerzo y determinación, logró convertir la adversidad en una historia de éxito. Aguirre tiene una memoria verdaderamente portentosa y cada episodio parece haber sido grabado en su mente con la precisión de una película. Recuerda con fidelidad fotográfica los detalles de su vida, los nombres, las fechas y las circunstancias de los mínimos detalles más allá de que resultaran intrascendentes o marcaron su destino. En sus evocaciones, el pasado cobra vida con una nitidez casi cinematográfica, como si cada recuerdo permaneciera intacto en el tiempo, protegido por la lucidez de una mente deslumbrante. A través de sus recuerdos, el protagonista nos invita a reflexionar sobre la fuerza del exilio y la capacidad del ser humano para reinventarse sin olvidar sus raíces. La suya es la historia de un niño cubano quien, tras perder su país, encontró una nueva patria llevando siempre a la primera en el corazón, narrando su viaje desde niño exiliado hasta embajador de la nación más poderosa del mundo, con tanta emoción y sentimiento como rigor y fidelidad a los acontecimientos.

“Mi hermano y yo nacimos en una familia grande y cariñosa, rodeados de abuela, tías, tíos y primos. Nuestros padres eran los menores de doce hermanos. Mi adolescencia en Cuba fue feliz y tranquila, protegida por una familia unida que vivía mayormente en La Habana”. Son las primeras líneas de la biografía, dejando entrever la nostalgia de una infancia marcada por el afecto y la estabilidad familiar. A través de su memoria, el lector se adentra en la Cuba de los años cincuenta, con sus tradiciones y la calidez de una familia extensa en la que todos se conocían y ayudaban dejando pasar los días con la cadencia y tranquilidad que proporcionaba la agradable rutina.

En ese preciso momento, el embajador Aguirre se quita el rimbombante y protocolario bicornio dorado de diplomático y se convierte en Eduardo, describiéndose a sí mismo como un niño inquieto, alegre y algo travieso, de esos que prefieren la risa al esfuerzo académico. “Prefería hacer el payaso”, recuerda, confesando que las matemáticas y las ciencias nunca fueron su fuerte y que en más de una ocasión apenas lograba aprobar los exámenes. Sin embargo, en esa actitud juguetona se adivina ya el carácter abierto, sociable y optimista que marcaría su vida adulta.

Aquella vida apacible se vio bruscamente interrumpida por el triunfo de la Revolución cubana en 1959, un acontecimiento que transformó para siempre el destino del país y el de millones de familias. La llegada del nuevo régimen de Fidel Castro despertó el miedo y la incertidumbre en muchas familias ante los rumores de que el Estado asumiría la patria potestad de los menores para enviarlos a escuelas controladas por el gobierno. Fue entonces, entre 1960 y 1962, cuando el gobierno de Estados Unidos, la Iglesia católica americana y diversos grupos anticastristas, temerosos del adoctrinamiento ideológico de los más pequeños, organizaron un programa secreto bautizado como Operación Pedro Pan. Mediante ese programa unos catorce mil niños y adolescentes, de entre seis y dieciocho años, abandonaron la isla rumbo a Estados Unidos. El coste emocional fue enorme, se les separaba de sus familias sin saber si volverían a reunirse, incluso volver a verlos, en el futuro. Los menores fueron acogidos en su mayoría por instituciones religiosas católicas, especialmente en Miami, donde se improvisaron albergues y escuelas bajo la supervisión de las diócesis locales y organizaciones de caridad. Uno de estos exiliados fue el pequeño Eduardo, quien, con una simple maleta y una gran dosis de incertidumbre, tomó un avión ignorante de que aquel viaje, todavía sin retorno, cambiaría el rumbo de su vida.

Entre los pilares fundamentales de esa vida está María Teresa Peralta Ferro, “Tere”, su esposa. Al igual que él, fue una de las niñas de la Operación Pedro Pan; sin embargo, Tere destacó por ser una “excelente estudiante y notable deportista”, y su carácter firme y determinación inquebrantable marcó profundamente el destino de Aguirre. Tere ha sido y es bastante más que esposa y madre de sus hijos; también desempeña tareas de consejera y, sobre todo, sostén emocional. Teniendo la misma historia, la relación entre ambos se cimentó en una profunda complicidad y en un respeto mutuo que trascendía lo sentimental. Eduardo no tomó una sola decisión importante sin contar con su aprobación. Fue ella, por ejemplo, quien le impuso la condición de terminar los abandonados estudios universitarios si quería contraer matrimonio. Según se desprende de lo escrito, fue gracias a Tere por lo que Aguirre inició una trayectoria que lo llevaría, años después, a ocupar cargos de responsabilidad institucional.

Con el tiempo, Aguirre fue dejando atrás el modo de vida cubano y asimilando su identidad como ciudadano estadounidense. No llegó a participar en la guerra de Vietnam, pues un examen médico lo eximió del servicio. En cualquier caso, luchaba su guerra particular enfrentándose a las dificultades económicas e idiomáticas que le suponía el inglés, obstáculos que superó con disciplina y determinación hasta graduarse y comenzar su carrera en el sector bancario. Su innato talento social dio sus frutos ganándose el respeto de sus colegas y el reconocimiento institucional, y comenzó a

ascender en el organigrama financiero. Tal fue así, que llegó a formar parte de la Junta de Regentes del Sistema Universitario de Houston. El banco en el que comenzó a trabajar creció y absorbió otras corporaciones, transformándose con el tiempo en el Bank of America, una de las entidades financieras más importantes de Estados Unidos.

Fue en ese entorno donde conoció a George H.W. Bush, quien al iniciar su carrera política decidió confiar a Eduardo Aguirre la gestión de las finanzas familiares. Así, mucho antes de que los Bush alcanzaran notoriedad política, Aguirre se convirtió en el banquero personal de la familia Bush. Cuando el hijo George W. Bush siguió los pasos del padre dedicándose también a la política, Aguirre era para ellos algo más que asesor financiero, se había convertido en amigo cercano y persona de confianza. Su proximidad a la familia le apartó del sector privado para ocupar puestos administrativos en el gobierno federal. Con Bush Sr. formó parte de la Comisión Nacional de Política de Empleo y con Bush Jr. colaboró en misiones internacionales, en el Departamento de Seguridad Nacional y, finalmente, como director del USCIS (Servicio de Ciudadanía e Inmigración) para encargarse de temas migratorios que conocía de primera mano.

Su nombramiento como embajador de Estados Unidos en España en 2005 tuvo una buena dosis de sorpresa, pero aceptó el desafío con entusiasmo. En su encuentro con el presidente George W. Bush en el Despacho Oval, apenas tres días antes de viajar a Madrid, recibió una instrucción directa y clara: “Nuestra relación con España tiene que mejorar... eso lo arreglarás”.

El escenario diplomático era complejo y delicado cuando Eduardo Aguirre llegó a España como máximo responsable de la diplomacia estadounidense en aquel 2005. Las relaciones entre Estados Unidos y España atravesaban un momento de frialdad tras la retirada de las tropas españolas de Irak en 2004, decisión tomada unilateralmente por el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero sin coordinarse con los aliados. A ello se sumaba el incidente simbólico un año antes, cuando el entonces líder socialista en la oposición no se levantó al paso de la bandera estadounidense durante un desfile militar, gesto que en Washington fue interpretado como una muestra de desprecio. Era en ese contexto en el que Aguirre debía reconstruir los lazos de confianza y cooperación entre ambos países.

El recibimiento protocolario en el Palacio Real lo impresionó profundamente. Acostumbrado al estilo práctico y sobrio de la política estadounidense, le resultaba sorprendente el boato ceremonial europeo con los coches de caballos y lacayos de librea en el acto de presentación de credenciales. Ni él ni Tere terminaban de creer que aquello fuera real. Sin embargo, pronto comprendieron que la tradición monárquica no era simple ostentación, sino parte esencial de la historia y la identidad cultural de España.

El rey lo recibió con cortesía y amabilidad, y desde ese primer encuentro se estableció una relación basada en el respeto mutuo y en la admiración personal. Aguirre recordaría más tarde que el monarca le impresionó por su serenidad y su conocimiento profundo de la realidad internacional. Esa buena sintonía se extendió a toda la familia real, con la que Aguirre y su esposa mantuvieron un trato cercano y sincero durante toda su estancia.

Cuando se entrevistó con el presidente Rodríguez Zapatero, Aguirre encontró a un interlocutor distinto del que imaginaba. Lejos de las tensiones mediáticas, lo percibió como una persona cercana, reflexiva y abierta al diálogo. A pesar de las diferencias políticas entre sus gobiernos, ambos coincidieron en la necesidad de mantener canales de comunicación sólidos y en la conveniencia de reforzar los lazos económicos y culturales. Menos elocuente se muestra al hablar de sus encuentros con los líderes de la oposición; en cualquier caso, sus conversaciones con figuras destacadas de la política española se desarrollaron en un tono correcto y respetuoso dentro de los límites puramente diplomáticos. Su cometido fundamental era mantener abiertos los canales de comunicación en un contexto en el que la relación bilateral exigía tacto y equilibrio. Sí muestra cierta incomodidad al recordar cómo algunos medios de comunicación manipularon o distorsionaron sus declaraciones sacándolas de contexto. Especialmente al recordar las filtraciones en WikiLeaks de sus comunicaciones confidenciales con Washington, confesando: “Me mortificaba leer en los medios públicos los mensajes que habían sido destinados al consumo confidencial de funcionarios del gobierno en Washington, D.C.”. En cualquier caso, no rehúye reproducir sus observaciones y opiniones más sangrantes sobre los políticos del momento.

La estancia en España fue para los Aguirre más que una etapa profesional. Recorrieron buena parte del país y quedaron cautivados con la calidez de su gente. Recuerda con especial cariño la recepción en Peralta a Tere, la señora Peralta, donde se sintieron acogidos con afecto y cariño... como en el resto de España. El fin de la segunda presidencia de Bush Jr. marcó también el fin de su carrera política y misión diplomática en España. En el avión que lo llevaba de vuelta a Estados Unidos pensó que “Nuestra relación [entre EE.UU. y España] era productiva, había madurado y se centraba en promover nuestros intereses comunes. Recordando las instrucciones que me dio el presidente Bush en el Despacho Oval, me sentí seguro al declarar: ‘misión cumplida’”.

José Antonio Gurpegui  
Director del Instituto Franklin-UAH

# 1. Adiós, Cuba

Mi hermano y yo nacimos en una familia grande y cariñosa, rodeados de abuela, tías, tíos y primos. Nuestros padres eran los menores de doce hermanos. Mi adolescencia en Cuba fue feliz y tranquila, protegida por una familia unida que vivía mayormente en La Habana. Los fines de semana nos reuníamos en casa de mi abuela Matilde, donde los adultos conversaban en mecedoras y los niños jugábamos entre cocoteros, mangos y aguacates. Aquellos días eran un verdadero paraíso. La alegría de las reuniones familiares y nuestras tradiciones siguen siendo un lazo que nos une con el tiempo. Los domingos visitábamos a las hermanas de mi padre, “Las Muchachitas”, mujeres amables y muy queridas. En su casa se celebraban tertulias familiares mientras los primos llegaban poco a poco. Mi hermano y yo permanecíamos sentados con educación, recibiendo dulces y pequeños regalos, e incluso algunas monedas de plata que guardaba con orgullo en mi alcancía rosa. Nunca llegué a disfrutar de aquel pequeño tesoro, pero conservo el recuerdo de aquellos días llenos de cariño, respeto y unión familiar.

De niño tuve una relación muy cercana con mi primo Mauro Fernández; nacimos con pocas semanas de diferencia y nuestras madres eran inseparables. Su familia vivía con comodidad, y mi tío “Ché” y la tía Angelita poseían una hermosa mansión en la playa de Jibacoa, donde pasé veranos inolvidables nadando con Mauro y observando a su hermano Chico, apasionado pescador que más tarde alcanzó fama internacional. Mis padres eran socios del Club Náutico de Marianao, un lugar con playa, piscina olímpica y canchas deportivas. Allí pasaba mis días nadando, zambulléndome desde el muelle y jugando al squash cubano, un juego rápido y único. Bajo el sol tropical, mi piel se mantenía bronceada todo el año. Durante algunos veranos alquilábamos un pequeño apartamento cerca del club, donde mi hermano y yo disfrutábamos de una vida sencilla y feliz que aún recordamos con nostalgia.



**Imagen 1.** Eduardo Aguirre (con sombrero de piel de mapache) y su primo y amigo Mauro Fernández en La Habana, Cuba (1956).

Nuestro hogar estaba en el barrio de Santo Suárez, una tranquila zona de clase media donde todos se conocían. Mis amigos del barrio —Sixto, Mayito y Manny— eran también mis compañeros de escuela y, con el tiempo, compañeros en el éxodo de Pedro Pan. Jugábamos a las canicas, a la pelota callejera y a los trompos, siempre atentos a los niños de otros barrios que podían robarnos el juego. En mi tiempo libre veía series del oeste y programas de radio llenos de aventuras. En casa, mis padres preferían la música clásica y las zarzuelas, y solíamos ver películas musicales de Hollywood o de artistas hispanos. Disfrutaba leyendo *Selecciones* y los “muñequitos” cubanos. En mi adolescencia, mi amigo Joaquín recibió una motoneta verde, y juntos recorríamos La Habana. Aunque era peligrosa, nos divertíamos mucho. Tras una caída, comprendí los riesgos y decidí no volver a montar una motocicleta.



**Imagen 2.** Eduardo Aguirre, sus padres y su hermano Luis Gustavo en La Habana, Cuba (1954).

Mi padre, Eduardo Lino Aguirre León, era un hombre reservado, de pocas palabras, pero profundamente afectuoso. Le costaba mostrar sus emociones, aunque su cariño se percibía en los gestos cotidianos y en su constante preocupación por nuestra educación y bienestar. Mi madre, Altagracia Estrella Reyes Pérez, era todo lo contrario: extrovertida, segura de sí misma, firme y amorosa. Era el alma del hogar, una mujer enérgica que no toleraba la falta de respeto, pero que también sabía recompensar la obediencia con ternura. En casa reinaban el respeto, la calma y la armonía; nunca se oían gritos ni malas palabras. Mi hermano y yo crecimos en un ambiente cálido, lleno de afecto, donde la disciplina se equilibraba con el cariño.

Nuestra casa en Santo Suárez era fresca y acogedora, con techos altos y un portal con columpio desde donde charlábamos con los vecinos al atardecer. En el patio jugábamos al fútbol y hacíamos pequeños experimentos bajo el sol del Caribe. Yo era

delgado, lleno de energía y algo quisquilloso para comer, lo que a menudo causaba disputas con Mami. Recuerdo una vez que tiré un trozo de carne por la ventana para evitar comerlo; al descubrirlo, mi madre me dio una lección que jamás olvidé. Papi era copropietario de Fresneda y Aguirre, una empresa importadora de textiles y whisky escocés. Cada mañana tomaba el autobús hacia su oficina en La Habana Vieja, donde trabajaba con dedicación, orgullo y una honestidad que siempre admiré.

Papi fue siempre un ejemplo de integridad, buenos modales y una ética inquebrantable. En la familia se contaba con orgullo cómo rechazó varias veces ofertas corruptas de funcionarios del gobierno cuando trabajaba como asistente del ministro de Finanzas. Su negativa a participar en aquel plan ilícito le costó el desprecio de algunos, pero ganó el respeto de todos los que conocían su rectitud. Era un hombre elegante y discreto, siempre bien vestido, pero sin buscar llamar la atención. Esperaba de sus hijos la misma honestidad y buen comportamiento, y nos corregía con firmeza si perdíamos las formas. Esas lecciones quedaron grabadas en mí para siempre.

A Papi no le interesaban los deportes, algo poco común en Cuba, y nunca me llevó a un partido de béisbol, lo que para muchos habría sido impensable. Mami, en cambio, era activa, enérgica y llena de talento. Se encargaba de todo en casa con dedicación y gusto. Era una costurera excepcional: con su máquina Singer confeccionaba vestidos de novia, arreglaba ropa para familiares y amigos, y nunca aceptaba dinero a cambio. Su generosidad era tan grande como su habilidad. En casa, ella era la autoridad en los asuntos domésticos; Papi aportaba el sustento y el respeto, pero Mami mantenía el equilibrio y la armonía familiar.

Las comidas eran momentos sagrados. Nos reuníamos cada mediodía para disfrutar de los platos tradicionales cubanos y españoles que Mami preparaba con esmero: fabada, paella o bacalao al pilpil. Aquellas comidas en familia son, aún hoy, uno de mis recuerdos más entrañables.

Pasaba horas agradables con mi padre, a pesar de su desinterés por los deportes; algunos sábados nos llevaba a mi hermano y a mí al bullicioso Puerto de La Habana. Desde allí cruzábamos la bahía en la Lanchita de Regla, tomábamos el tranvía hasta el pueblo y paseábamos por sus rincones coloniales antes de regresar a La Habana Vieja para comer algo. Esos pequeños viajes de los tres son recuerdos preciados.

Asistí a colegios católicos desde preescolar hasta la secundaria —el Colegio Nuestra Señora del Pilar y luego los Escolapios de la Víbora— y caminábamos juntos las dos cuadras hasta la escuela. Nunca fui buen estudiante: prefería hacer el payaso, era regular en lenguas y humanidades, pero flojo en matemáticas y ciencias, y muchas veces apenas aprobaba. Mis padres, preocupados, contrataron tutores y me mandaron a cursos de verano, pero yo seguía leyendo historietas a escondidas.

En el primer año de bachillerato tuve problemas con una pandilla de chicos mayores. Sus bromas y empujones se convirtieron en acoso cotidiano hasta que un día Orlando García me golpeó en la cara delante de todos. Humillado y harto, le perseguí por el patio blandiendo una pequeña navaja que había tomado prestada; él salió corriendo. Lamentablemente, un sacerdote vio la escena y nos llevaron a la dirección. Me enviaron a casa y tuve que regresar con mi madre, consciente de que mi acto era grave y de que podía costarme la expulsión. Ese episodio quedó grabado en mi memoria como una lección sobre el orgullo, la ira y las consecuencias de actuar impulsivamente.

Mami se sorprendió al verme regresar a casa en pleno horario escolar. Al verme tan alterado, me hizo sentar en el sofá, me ofreció un vaso de agua y me pidió que respirara hondo antes de explicarle lo ocurrido. Entre sollozos le conté todo: el acoso constante de Orlando García, la humillación sufrida y cómo había terminado persiguiéndolo con una pequeña navaja. Escuchó en silencio, con atención y paciencia. Cuando terminé, me miró con seriedad y me dijo que entendía mi rabia, pero que la violencia nunca era una solución, solo un recurso desesperado. Me recordó que amenazar a alguien con un arma era indigno de nuestra familia y se mostró más decepcionada por no haber sabido antes lo que estaba ocurriendo. Le prometí no volver a actuar de ese modo.

Luego me acompañó al colegio. Mientras yo esperaba fuera, habló con el rector, quien me recibió con severidad, aunque sin castigo. Dijo que esperaba mi arrepentimiento y que advertiría al abusador para que cesaran las molestias. Más tarde, Mami me contó que había defendido mi causa, denunciando la pasividad del colegio ante el acoso. Desde ese día, nadie volvió a molestarme. Años después, sigo recordando aquel episodio como una lección dolorosa sobre la ira, la vergüenza y la decepción que provoqué en mi madre.

En 1959, durante los últimos días del régimen corrupto del dictador Fulgencio Batista y el inicio de la Revolución Castro, Cuba se encontraba en lo que parecía un caos constante, especialmente en el ámbito educativo. En aquel entonces, yo estaba a mediados de mi segundo año y pronto iba a comenzar el tercero de bachillerato. En Cuba, el ciclo de bachillerato consta de cinco años, así que, según los estándares estadounidenses de cuatro años de escuela superior, estaba entre el segundo y el penúltimo año. Desafortunadamente, debido a las perturbaciones causadas por la inestabilidad política, nunca llegué a terminar el tercer año. En aquella época, estudiantes de último año, agitadores estudiantiles universitarios y varios sindicatos poniéndole presión al gobierno convocaban constantemente huelgas escolares generales, amenazando con violencia si las escuelas no cerraban. A su vez, las escuelas, temiendo represalias, permitieron que esas amenazas tuvieran buen éxito, así cortando la educación académica de niños como yo.

## 2. La Revolución Cubana

La noche del 31 de diciembre de 1958, el dictador cubano Fulgencio Batista huyó precipitadamente a la República Dominicana ante el avance imparable de los frentes revolucionarios. Su partida repentina dejó un vacío de poder que, durante unos días, fue disputado por diversos grupos rebeldes. Finalmente, el Movimiento 26 de Julio, liderado por Fidel Castro, se impuso y tomó el control del país, marcando el inicio de una nueva etapa en la historia de Cuba. El 8 de enero de 1959, Castro y sus tropas entraron triunfalmente en La Habana, recibidos con júbilo por multitudes que creían en la promesa de un futuro más justo, libre y honesto. Mi familia y yo compartíamos ese entusiasmo, convencidos de que el nuevo gobierno pondría fin a la corrupción del pasado.

Sin embargo, la euforia se desvaneció pronto. En poco tiempo, Castro se alejó de las promesas democráticas y abrazó abiertamente el socialismo, consolidando una estrecha alianza con la Unión Soviética y distanciando a Cuba de Estados Unidos. Para justificar su política, señaló al “imperialismo estadounidense” como el gran enemigo de la nación, un discurso que el régimen ha mantenido durante más de seis décadas.

Otro de sus blancos fue la Iglesia católica. Considerándola una amenaza a su poder, Castro nacionalizó sus escuelas, censuró sus publicaciones y expulsó a cientos de sacerdotes y monjas extranjeros. Como estudiante en una escuela católica, viví de cerca ese enfrentamiento, lo que despertó en mí una creciente desconfianza y rechazo hacia el régimen comunista. Con las clases suspendidas, me involucré en el Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE), un movimiento clandestino juvenil que soñaba con una invasión estadounidense que derrocará a Castro y restaurara la democracia.

En nuestras reuniones secretas, llenas de misterio y fervor juvenil, creíamos recibir entrenamiento militar, aunque en realidad solo distribuíamos propaganda anticastrista en lugares públicos. Pronto, la realidad se impuso: varios compañeros

fueron arrestados, golpeados y torturados. Al ver a uno de ellos, transformado y sin vida en la mirada, comprendí el peligro en el que estábamos. El miedo sustituyó la emoción inicial, y entendí que mi seguridad y la de mi familia estaban en juego.

Esa sensación se confirmó el 17 de abril de 1961, cuando una brigada de 1.200 exiliados cubanos, entrenados en Guatemala por Estados Unidos, desembarcó en Playa Girón, en la bahía de Cochinos. Sin embargo, el presidente John F. Kennedy retiró a última hora el apoyo militar prometido, dejando a los invasores a su suerte. El resultado fue un desastre: más de cien murieron y el resto fueron capturados. Para Castro, fue una victoria rotunda que consolidó su poder y reforzó la narrativa de resistencia frente al enemigo estadounidense; para muchos cubanos, en cambio, fue el fin de la esperanza.

El gobierno cubano intensificó sus campañas ideológicas, promoviendo una ambiciosa alfabetización rural que enviaba a miles de adolescentes urbanos, sin formación alguna, a las zonas campesinas para enseñar a leer y escribir. Muchos fueron presionados a participar, separados de sus familias durante meses. Al mismo tiempo, el régimen reclutaba a jóvenes de quince años para integrar brigadas comunistas paramilitares, donde aprendían ejercicios de marcha y prácticas militares con la supuesta finalidad de defender la isla ante una inminente invasión estadounidense. La creciente militarización del país y las historias de familias divididas incrementaban la angustia en nuestro hogar.

En ese ambiente de miedo y control, la preocupación de mis padres por mi seguridad, debido a mis vínculos con el DRE, se transformó en una decisión inevitable: abandonar Cuba. En la primavera de 1961, acudimos a solicitar permisos de salida, un proceso incierto y arbitrario. Días después, un funcionario del gobierno llegó a nuestra casa para realizar un inventario minucioso de todas nuestras pertenencias: ropa, muebles, utensilios, electrodomésticos, hasta los cuadros en las paredes. Nos advirtió que, si no regresábamos en un plazo de 90 días, la vivienda y todo su contenido serían confiscados por el Estado. Era una forma de intimidación destinada a frenar la creciente ola de cubanos que buscaban escapar del país.

Aun así, mis padres mantuvieron la esperanza de que yo lograra salir primero. Finalmente, el 4 de diciembre de 1961, me otorgaron el permiso. Tres días después, me despedí de mi familia y partí solo de Cuba como “menor no acompañado”. Aquel momento fue desgarrador y, al mismo tiempo, profundamente liberador: sabía que dejaba atrás mi hogar, pero también que comenzaba una nueva vida lejos del miedo.

Mis padres se enteraron de un programa para niños cubanos no acompañados, más tarde conocido como Operación Pedro Pan, aunque yo ignoraba por completo su existencia y lo que implicaba. El programa, impulsado por el Catholic Welfare Bureau de Miami bajo la dirección de monseñor Bryan O. Walsh y con apoyo del gobierno estadounidense, permitía la entrada legal a Estados Unidos mediante una exención de

visa, brindando refugio temporal a menores cuyos padres temían por su futuro bajo el nuevo régimen.

Después de recibir el telegrama con la autorización de salida, los tres días siguientes fueron un torbellino de preparativos. Papi y yo recorrimos la ciudad buscando permisos, actas de nacimiento, boletos de Pan American Airlines y otros documentos necesarios, mientras Mami, con una mezcla de nerviosismo y ternura, organizaba mi equipaje con meticuloso cuidado. Tenía una estricta limitación de 30 kilos y una lista oficial de objetos permitidos. Dinero, joyas o cualquier bien de valor estaban prohibidos, así que partí con una sola moneda de diez centavos en el bolsillo “por si acaso”. Nunca la usé y, con el tiempo, la perdí.

La noche anterior a mi partida, Mami me preparó huevos poché y me los dio de comer con una serenidad fingida; Papi, intentando disimular la emoción, me ofreció consejos que apenas recuerdo. Al amanecer, los cuatro tomamos un taxi hacia el aeropuerto. Todos íbamos vestidos como si asistiéramos a una misa: Mami con un pañuelo cubriéndole el cabello y gafas oscuras para ocultar las lágrimas; Papi con el rostro tenso y la voz quebrada; mi hermano Luis Gustavo, demasiado joven para comprender del todo la gravedad del momento.

Cuando llamaron mi vuelo, mis padres me acompañaron hasta un salón de espera rodeado de cristales, conocido como “La Pecera”. A través del vidrio podía verlos a pocos pasos de distancia, pero no oírlos; nos comunicábamos con gestos, sonrisas forzadas y miradas llenas de miedo y amor. Fue un instante suspendido en el tiempo, un adiós silencioso que aún puedo revivir. Entonces desvié la vista hacia los soldados que custodiaban el lugar, con sus metralletas colgando del hombro, y me invadió una duda aterradora: ¿me permitirían realmente marcharme de Cuba?

Mientras aguardaba mi turno ante el oficial de inmigración, observé con horror cómo un niño, que no tendría más de ocho años, era apartado de la fila y llevado tras una cortina mal cerrada. Allí, los soldados lo registraron minuciosamente, lo cachearon y lo obligaron a desnudarse. Sentí un miedo paralizante, convencido de que yo sería el siguiente. Aunque no me ocurrió nada, la escena me dejó una huella imborrable y una sensación de vulnerabilidad que aún recuerdo con nitidez.

Poco después, una azafata de Pan American, perfectamente uniformada, me tomó de la mano y me condujo hacia el avión. Antes de subir, miré hacia la terraza del aeropuerto y vi a Mami, Papi y mi hermano Luis Gustavo saludándome frenéticamente. Les devolví el gesto, lanzándoles un beso mientras contenía las lágrimas. Desde lo alto, escuché los gritos de despedida de mis amigos motociclistas, que habían acudido a verme partir.

Ya en el interior, me asignaron un asiento en la última fila, junto al pasillo. Apenas me senté, el nerviosismo me dominó y vomité sobre mi chaqueta. La señora

del asiento contiguo trató de ayudarme con amabilidad, pero el olor persistió durante todo el vuelo. Aquel breve trayecto de apenas 40 minutos hacia Miami fue una mezcla de alivio y tristeza. Cuando el avión despegó, los pasajeros aplaudieron y yo intenté mirar por la ventana, aunque solo alcanzaba a ver fragmentos del cielo. Era mi primer vuelo, y sin saberlo del todo, estaba dejando atrás para siempre mi hogar y mi infancia.

Dos meses después, mi hermano Luis Gustavo logró salir también de Cuba. Me contó que, tras mi partida, el regreso a casa fue silencioso y que mis padres vivieron días de auténtico duelo. Mami lloraba sin consuelo, vestía de negro y no permitía que sonara música en casa; decía que sentía como si yo hubiera muerto. Papi intentaba animarla, pero el dolor era demasiado profundo. Sin embargo, cuando Luis partió el 6 de febrero de 1962 rumbo a Miami, Mami encontró un pequeño consuelo: sabía que, aunque lejos, sus dos hijos volverían a estar juntos y a salvo.